

berio, no llevaba en el rostro huella ninguna de remordimiento: su conciencia de madre y emperatriz estaba satisfecha. Ya hemos visto cómo le sobrecogió la muerte y qué gritos dió y qué recomendaciones hizo al hundirse para siempre allá en la eternidad. Una cristiana, con el confesor junto á sí, hubiera pedido perdón á sus víctimas aun las más recientes y dejado mandas en descargo de su conciencia y para el rescate de sus culpas. Livia solamente se creyó



Agripina y Claudio
(moneda de plata)

en la obligación de gritar, cuando huía su voz en alas del postrer suspiro, á Tiberio que acabase con los últimos émulos posibles, siquier todos á una vinieran de la misma sangre imperial y le tocaran muy de cerca. Pues Agripina, que continuaba la obra de Livia y condenaba implacable á muerte los hijos de los demás varios matrimonios del esposo Claudio, hacía todas estas monstruosas enormidades con una placidez en el rostro, una sonrisa en los labios, una luz en las miradas, cual pudiera cualquier santa de los cielos andando por la tierra practicar el más puro bien y las mayores obras de caridad. Fruncía las cejas, asombraba el rostro, sacudía y agitaba los nervios, contraía los labios, relampagueaba centelleos de furor en sus ojos airados, rugía como hiena cuando marraba cualquiera de sus golpes ó se desvanecía cualquiera de sus proyectos; pero, tras la perpetración de un crimen, se quedaba tan serena como el cazador que ha cogido en lazo una presa ó el matarife que ha degollado



Moneda de Claudio

en su carnicería una res. Ella tomaba todos los aspectos, como Proteo, porque sobresalía por una cualidad culminante; por el dominio ejercido sobre los nervios, sobre los afectos, sobre los apetitos, sobre las creencias por su firmísima voluntad. Si en ciertos períodos de su vida le convenía la castidad, ya le podían soltar galanes; encastillábase, como una vestal, en la pureza más inexpugnable. Tal hizo desde que Claudio enviudó de Mesalina, merced á Narciso, hasta que pudo cazar á Claudio en las mallas de su boda. Ni como Julia y Mesalina se dió exclusivamente al placer, ni como Livia y Octavia exclusivamente al gobierno. Comandó el

desarrollo de sus apetitos y el desarrollo de sus ambiciones en guisa de un general que mandara con idéntico imperio sobre dos ejércitos contrarios y en perpetua guerra. Desde la muerte de Mesalina únicamente pensó en su matrimonio con Claudio, y desde su matrimonio con Claudio únicamente pensó en la exaltación al trono del hijo de sus entrañas, del amado lobezno y cachorro producido por sus amores feroces, de Nerón. Para esto empleara las seducciones de sus gracias y los venenos de sus manjares. Muy cambiante, mucho; esta mujer singular, ya parece araña tejiendo su tela tendente á, como una mosca del aire, atrapar un príncipe del palacio; ya leona en celo y en cría, rugiendo por la satisfacción de sus apetitos sexuales ó de su horrible maternidad; ya caudal águila, invisible allá en los abismos de las alturas, que se desprende, como de otras esferas venida, y cae sobre su presa husmeada desde lo invisible y en cuatro segundos de furor la descuartiza con sus garras y se la engulle por el exterminador pico en las voraces profundas entrañas. La víctima husmeada por la emperatriz desde su matrimonio, la requerida para sus uñas, la continuamente atisbada por sus ojos de águila era Británico, el hijo de Mesalina y Claudio, á quien éste decerniera en su amor de padre la corona del mundo. Pues había que hacer con Británico lo hecho por Livia con todos los allegados más próximos de Augusto. Así como aquella Parca enterró á Julia viva en la isla Pandataria, envenenó por mano de su propio médico al joven Marcelo, segó en flor á Cayo César mediante las curas de Solio, exterminó á Póstumo, hasta, por sus crueles decretos, llegar á convertir las actas de nacimiento en sentencia de muerte para los nietos del emperador Augusto, que pudieran desvanecer ó por lo menos asombrar la imperial diadema de Tiberio. Más feliz Agripina, únicamente debía con Británico habérselas, víctima bajo su mano puesta por los privilegios de madrastra. En este fin supremo se concentró su voluntad y su pensamiento. Sigámosla en su vida, y veremos cómo ni un minuto la deja de sus garras tan enorme obsesión. En el momento que ahora vamos á evocar, Agripina esperaba, reclusa dentro de las habitaciones para su persona señaladas en el palacio á hora vespertina, la tertulia y la corte, comenzando por su propio marido, el, como diríamos en lengua corriente de nuestros días, hipnotizado

Claudio. Escuchemos, pues, el siguiente diálogo. En los primeros momentos estaban solas Agripina, la emperatriz y Selia, la esclava, como acostumbraban en Roma, donde se unían la extrema soberbia de los señores con la extrema humildad de sus siervos en un comercio familiar y continuo.

— ¿Conque tal cosa dijo el astrólogo, Selia? — preguntó Agripina.

— Tal:

— No le creas.

— Para no creerle pareceríame preferible no consultarle. Y lo he consultado por tu orden.

— ¿Qué quieres? Impaciencias de anticipar lo venidero.

— Pues yo tengo desde mi niñez aprendido que lo porvenir se ha ocultado sabiamente á nuestros ojos por los dioses para que nunca sepamos las desgracias apercebidas y preparadas por el destino y el tiempo á nuestra misérrima flaqueza.

— ¿Te ha dicho el astrólogo que reinará Nerón?

— Hámelo asegurado cual me aseguró antes que llegarías tú á emperatriz.

— Sea en buen hora. Lo demás tráeme sin cuidado, y no me desvivo por conocerlo.

— Pero me desvivo yo por industriarte, cual es de mi deber, en ello — añadió.

— No digas lo añadido.

— Pues debo decírtelo para que te prepares.

— Déjame de tales preparativos.

— No te desmemories hasta olvidar cómo el destino cumple los decretos inscritos en sus tablas de bronce.

— Selia, te has empeñado en acibararme las alegrías propias de este próspero tiempo con hieles tuyas.

— ¿Mías?

— Tuyas.

— Mías no, del astrólogo, á quien me has mandado consultar,

— Te dije que le preguntaras únicamente si reinaría Nerón ó no.

— Pues hame respondido mucho más de aquello que yo le preguntara.

— Cállatelo, pues. Por lo movible de tu faz he averiguado lo

funesto de su anuncio. Y como, ya lo sepamos, ya lo ignoremos, el destino deberá cumplirse con todo rigor, me conviene ignorarlo. Escondieron á Paris en el monte Ida con objeto de que no fuese funesto á su patria, y lo mantuvieron las águilas para que robase á Helena y perdiese á Troya. Transpusieron á Edipo en la cuna desde su palacio á otros lejanísimos; lo transportaron á muy apartadas tierras con el fin de burlar al oráculo, cuyas profecías anunciaron cómo habría de matar el cuitado á su padre y manchar el tálamo nupcial de su propia madre. Nada consiguieron. Edipo mató sin querer á su padre Yago y sin querer se casó con su madre Yocasta.

— Pues el astrólogo ha dicho que Nerón reinará; pero en su reinado te asesinará sin piedad á ti.

— ¡Selia! — exclamó Agripina lanzando un aullido espantoso.

— Perdona, perdona, excelente y nobilísima emperatriz; mas cree que no podría callarte un augurio tan siniestro como ese.

— Deploro, Selia, tanto más que hayas repetido lo presagiado, cuanto que lo creo. Mis presentimientos me habían mil veces anticipado lo mismo que ahora me anuncia el adivino. Mil veces, cuando en los transportes de amor maternal he besado á mi chicuelo, no querás creerlo, me ha mordido el seno. Pero lo callo. Harto me dan en rostro con la frase aquella de su padre que le llamó un monstruo, por creernos capaces de generar un monstruo únicamente á él y á mí. De divulgar las perversidades nativas encontradas por observación en su naturaleza, diránme que yo como víbora, he dado á luz un viborezno, el cual se goza en comerse á su propia madre.

— ¡Agripina! — gritó Selia en su horror y repulsión á cuanto la emperatriz decía de su propio hijo.

— Por eso no quería oír lo que trasladabas á mi conocimiento, por no verme obligada, como madre, á confiarte bajo secreto esta mi apreciación.

— Piensa lo que son palacios, Agripina, tú criada en ellos. Pueden oírnos.

— Desecha tales temores. Desde mis nupcias, aquí nadie manda más que yo, y nadie puede celarnos ya ni oírnos. Los libertos, enemigos míos, ya saben que domino en la guardia pretoriana, y

quien esgrime tal instrumento, ya puede reirse de todo el mundo. Narciso y los cómplices suyos conocen la suerte que les deparo, y así les obligo con olvidarlos, pues bien saben cómo son en deberme cuantos días alcanzan de vida.

— Verdad.

— Déjame desahogar mi pecho en tu fidelidad. Yo amansaré á la fiera. Nerón será por mi cuidado muy otro de aquello que su naturaleza quiso. Sin él no podría reinar yo. Decrépito Claudio y gastado por los abusos del amor, pronto morirá. Si no procuro granjear á Nerón el imperio, ¿cuál nombre invocar y cuál apoyo conseguir para mi dominación sobre la tierra?

— Pero si el César, á quien das el poder, se trueca en tirano, como el hijo que te debe la vida en verdugo, ¿como afanarte así por tu servidumbre y por tu muerte?

— Me crearás demente ó suicida. Pero yo necesito reinar mucho tiempo; y no puedo reinar mucho tiempo sino sobre las espaldas del hijo de mi amor, en cuyo cuerpo late la sangre de Julio César y Octavio Augusto.

— Que los dioses te liberten y redimán de tu propia obra.

— Yo ayudo en el cumplimiento de este tu voto á los dioses. Para divertirlo de toda pretensión á César efectivo, cuando lo haya hecho yo César nominal, atiborraré de sentencias filosóficas abstractas su mente, con lo cual se le quedará como paralítica é incapaz la inteligencia para el gobierno. Luego excitaré á su imaginación al fin y objeto de que los deseos traspasen los límites á nuestras fuerzas por el destino señalados y deje á mi arbitrio el imperio, corriendo desalado en pos de las coronas y de las glorias artísticas. Le pondré á Séneca de maestro, encargándole que me lo abstraiga del mundo y de la realidad como puede abstraerse un sistema puramente metafísico. Luego haré que Lucano le tiente á la poesía y le sobresalte y estimule hacia las alturas poéticas. Amén de todo esto, los tañedores de cítaras y los cantantes de Grecia le trastornarán el seso incapacitado así para la suprema dirección por completo amortizada en mis manos. Los placeres harán todo lo demás, corrompiéndolo para someterlo más y más á mi voluntad, encadenándolo á mis pies. Y así podré impedir el único afecto, á cuyo empuje podría en sus desvaríos aborrecerme y hasta matarme, la

propensión al imperio y al gobierno de veras. Toda hermosura, las artes plásticas, la poesía, la música, la metafísica, la voluptuosidad, las pasiones exaltadas: he ahí su cortejo de ilusiones, las cuales arrastrarán en pos de sí, tanto la voluntad como la conciencia del joven César y no le dejarán punto de reposo ninguno para consagrarse al imperio. É imperaré yo en su lugar. Las naturalezas artísticas resultan siempre así más gustosas del aparato teatral que del goce íntimo en las alturas del trono. Yo le dejaré aquello dejado por los dioses á los poetas, la inmensidad azul del cielo esplendente á que llaman gloria; y me reservaré para mí la realidad áspera del gobierno. Mi Nerón será un músico, y un filósofo y un poeta de veras y un César de nombre.

— Ten, Agripina, con todo sumo cuidado y toma las mayores precauciones.

— Lo exaltaré mi amor de mero patricio á sumo imperante, ¿y me desamará todavía?

— ¡Quién sabe!

— Ahora mismo he logrado su ingreso directo en el número de los hijos de Claudio.

— ¿Cómo?

— Por una promesa de casamiento.

— ¿Con quién?

— Pues ¿con quién ha de ser? Con la hija de Claudio.

— ¿Con Octavia?

— Ciertamente.

— ¿Pues no la prometiera el propio Claudio al joven patricio Silano?

— Estás en lo cierto.

— ¿Por qué deshacer ese noviazgo, cuando diz que se amaban cual tórtolos enamorados?

— ¡Ya lo creo! Mas para mí no hay amor que valga.

— ¿Persuadiste á tal rompimiento con facilidad el ánimo de Claudio?

— No. Con suma dificultad.

— Entonces no está él á tu imperio tan sometido como tú crees y dices.

— Tratándose de sus hijos, encuentro siempre cien mil difi-

cultades en su voluntad, pues el muy bobalicón cree suyos los hijos que le han endosado de otros sus mujeres legítimas.

— Y en efecto, enamoradísima del joven patricio estaba Octavia.

— Pero yo solté á los libertos para que difundieran un rumor, el cual obró maravillas bien pronto.

— ¿Cuál rumor?

— Pues el rumor de que Silano tenía con su hermana incestuosas relaciones.

— ¿De veras?

— Como te lo digo.

— ¡Si goza el pobre fama universal de bueno!...

— Pues hasta la fama se pierde cuando yo quiero.

— Lo reconozco.

— Y deshice contra la voluntad expresa de Claudio el matrimonio de su hija.

— ¿Qué resolución tomó á tal caso el rendido novio?

— La mejor que pudiera tomar. Se mató.

— ¡Dioses!

— ¡Qué aspaviento!

— La muerte siempre horroriza.

— Cualquiera diría que te has criado en colegio de vestales y no en cubículo de princesas.

— Tienes razón. Aquí reináis vosotras sobre la tierra, y la muerte reina sobre vosotras.

— Ya sabes que por los tiempos de mi tío Tiberio, el emperador, hermano de mi abuelo Druso, recogióse con extrañeza el recuerdo y el nombre de un patricio que muriera de muerte natural en su cama.

— Lo sé; y tenías razón al asegurar que todos cuantos aquí viven te deben la vida en último resultado.

— Yo he asido el reloj de arena que á sus pies guarda la muerte, y cuando quiero acelerar la precipitación de una vida cualquiera en el orco, no hago más que sacudirlo y cae. Créeme.

— Téngante así los dioses de su mano.

— Ahora no habrá necesidad ninguna de muchos y cruentos sacrificios. El suicidio de tal pretendiente ahorra sangre. Polión,

designado por mí para cónsul, hase ido á la curia y propuesto el matrimonio de Octavia con Nerón.

— Huélgome de veras en ello y te felicito.

— Tan sólo me resta decretar los festejos consiguientes á tal fausto suceso y darles un carácter de santidad pura, abriéndolos con un acto de olvido y de misericordia, con amplia y grande amnistía.

Cuando pronunciaba este nombre de amnistía la cruel Agripina, entrábase por el cubículo Claudio, quien, al recogerlo en sus oídos, exclamó:

— Amnistía para todo el mundo, sí; mas no para Séneca.

— He ahí el motivo singular de discordia existente hoy entre mi esposo y yo: él no quiere y quiero yo amnistía para Séneca — dijo Agripina volviéndose á su esclava.

— ¿Para Séneca el filósofo? — la esclava preguntó.

— Para Séneca el filósofo — repuso Agripina.

— Buen filósofo está él — dijo malhumorado Claudio.

— No hay otro que honre como el cordobés tu imperio.

— Pues renuncio á la honra.

— En todo reinado la copia de nombres ilustres vale y sirve al acrecentamiento de gloria perdurable y poder moral en quien reina. Eso no podrás tú nunca jamás dudarle.

— Buena gloria la que traiga un moralista enfático, el cual deroga en sus actos aquello mismo que demuestra y enseña con sus palabras.

— Esto nos acontece á todos. Ponte ahora mismo en vena de teorizar y trazarás un imperio ideal á pedir de boca. Realiza lo mismo que has dicho y verás cuántos vicios aquejan tu obra práctica y cuántos enemigos la saltean y pierden.

— No conozco persona ninguna en quien tanto disten la idea y la vida.

— Le han calumniado mucho.

— ¡Sí, calumniado!

— Como les acontece á cuantos alzan su frente sobre los demás.

— No me hables de eso, Agripina.

— Tu propia mujer, tu Mesalina, le acusó de crimen tan absurdo como el trato ilícito con la princesa Julia, hermana preferida de Calígula.